

DJAIMILIA PEREIRA DE ALMEIDA

# LA VISIÓN DE LAS PLANTAS

Traducción de Bárbara Belloc



Pereira de Almeida, Djaimilia

La visión de las plantas / Djaimilia Pereira de Almeida. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Edhasa, 2023.

104 p. ; 22,5 x 14 cm.

Traducción de: Bárbara Belloc.

ISBN 978-987-628-710-4

1. Novelas. I. Belloc, Bárbara, trad. II. Título.

CDD 869.3

*Obra apoiada pela Direção-Geral do Livro, dos Arquivos e das Bibliotecas e pelo Camões, Instituto da Cooperação e da Língua-Portugal*

Esta obra cuenta con el apoyo de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas y del Instituto Camões de Cooperación y Lenguaje de Portugal



**REPÚBLICA  
PORTUGUESA**

**CULTURA**

**DIREÇÃO-GERAL DO LIVRO, DOS ARQUIVOS E  
DAS BIBLIOTECAS**



Título original: *A Visão das Plantas*

Diseño de cubierta: Juan Pablo Cambariere

Primera edición en Argentina: octubre de 2023

© Djaimilia Pereira de Almeida, 2015 by arrangement with Literarische Agentur Mertin Inh.

Nicole Witt e. K., Frankfurt am Main, Germany

© de la traducción Bárbara Belloc, 2023

© de la presente edición Edhasa, 2023

C/ de la Diputació, 262, 2º 1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Avda. Córdoba 744, 2º piso C

C1054AAT Capital Federal

Tel. (11) 50 327 069

Argentina

E-mail: [info@edhasa.com.ar](mailto:info@edhasa.com.ar)

ISBN: 978-987-628-710-4

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Impreso por Oportunidades S.A.

Impreso en Argentina

*Ahora, de los que hacíamos la travesía, cuando Aninhas do Jeremias me llevaba de la mano a la escuela, jamás me olvidaré del capitán Bernardes, uno de Carvalho que llegó a ser almirante, del tío Bento, del irascible capitán Sena, del que se rumoreaba, no sin terror, que había sido sorprendido en alta mar por una tormenta eléctrica —las chispas como lluvia— con la bodega del barco repleta de pólvora, del alegre capitán Serrabulho, casado con una mujer fantasmal, un hombre prodigioso de barriga grande sacudida por risotadas: “¡Aquí se acaba el mundo, comiendo pescado!”, quien hasta el día de su muerte tuvo de acá para allá a Foz do Douro y a Bahía, y entre todos ellos, principalmente del capitán Celestino, que habiendo comenzado su vida como pirata terminó como un santo, cultivando con esmero un jardín que aún hoy no recuerdo sin envidia. Hablaba poco. Siempre sonreía con cierta satisfacción interior, completa, perfecta, con una cara de Pascuas rosada e inocente, enmarcada por la blanca barba correa. Su vida previa había sido misteriosa y feroz. Una vez, sofocó la insurrección de unos negros, que recogía en la costa de África para venderlos en Brasil, con las bolsas de cal que viajaban con ellos en la bodega. Y se decían cosas peores del capitán Celestino... No obstante, lo que yo puedo afirmar con certeza y decir a su favor es que si de aporcar claveles se trata, en el mundo nunca hubo nadie mejor que él. Todo el día se deslizaba un hilo de agua por conductos invisibles de los que solo él conocía el secreto, y caía gota a gota en los canteros pintados a la cal; todo el día el viejo corsario, embelesado, con manos delicadas de mujer, trataba a sus flores como hijas. Y así terminó su vida, cortando y podando, seguramente con la conciencia tranquila...*

Raul Brandão, *Los pescadores*

Noche bendita. Despertó en casa, renovado, después de vivir una vida plena. Pero la casa no era la misma. Las puertas trancadas, los muebles cubiertos con sábanas, el mantel manchado de vino sobre la mesa, el baúl de la ropa cerrado, en un rincón, las cortinas de terciopelo negro carcomidas por las polillas, todo era diferente y, al mismo tiempo, igual. En la penumbra, los bultos de muebles insinuaban fantasmas. El polvo, vuelto un ser, animaba el espacio, iluminado por la claridad que entraba por las rendijas de las ventanas. Casi que hablaba la penumbra: *respira, hijo, llegaste*. Un vestigio de lavanda seca perfumaba el moho. ¿O sería cera? Los oídos, siempre mejores que la nariz. Ningún ruido, salvo las pisadas, el ir a tuestas por el pasillo. El fogón negro donde habían quedado la pala de cobre, la sartén de hierro sobre las cenizas aplastadas: gente muda. El mobiliario no celebró su regreso. Ya no tenía a nadie en la vida. Le resultaban grandes el comedor, la antesala, los dos cuartitos con manchas de humedad, la cocina de techo oscuro abierta a la despensa, los frascos, los paquetes de harina de maíz embichada, las botellas de aguardiente y el jardín del fondo, tomado por las zarzamoras, las ortigas y los cardos.

Vista desde afuera, la casa invitaba a bailar a la imaginación. Detrás de las alamedas, la fachada silenciosa desde hacía años

espiaba la calle, discreta. Cubierta de hiedras, como barbas, se confundía con el jardín que, a pesar del abandono, insistía en apuntar en dirección al Sol y enamoraba los muros. La humedad de las plantas se había colado en la arena de los cimientos, tapiado los techos con verdín, corroído los zócalos, dejado a la vista las vigas. Era el hambre de la Naturaleza que se la comía poco a poco y el capitán, frente al fósil, una partícula de esa hambre, que se extendía hasta la calle y subrayaba la cualidad onírica de la arquitectura. Los tejados y los aleros se habían transformado de acuerdo al destino de sus habitantes, en la medida en que fueron partiendo o murieron. El mar, venido de la playa, cambió la casa, secó las vigas en las cuales ahora, como en el casco de un barco, se regodeaban los gorgojos cuando subía la temperatura. Ahora se había transformado en una cosa y ya no estaban las señales que la voluntad humana había imprimido en ella. Había sido lamida por el viento, como la costa, el arenal y los bosques. La marejada había curtido su piel y la de sus dueños. Ya no era una persona, a imagen y semejanza de quien la había construido, sino un montón de piedra, cal y madera.

Los setos ocultaban la puerta y las ventanas de ojos cerrados.

Abrió los postigos de par en par y el aire entró en ella como un conjuro. Las sábanas que cubrían los muebles aletearon y el capitán tuvo miedo de que el alma de la casa se escapara por la ventana y se extraviara en la calle. Volvió a cerrarlas y, en silencio, respiró el polvo.

Los muertos de la casa le dieron permiso para despertar. Desde la calle entraba el perfume de los cardos al sol, se presentía la savia que subía a la flor, lechosa y astringente. El olor a tierra suavizaba la suciedad. Una fogata ardía en la colina, madera seca zurcida con huevos de araña, herrumbre, hongos, hedor, barniz. Las fragancias iban y venían a gusto de la brisa que se filtraba por

la puerta entreabierto mientras, con los ojos cerrados, el capitán intentaba ahuyentar la somnolencia. ¿Qué iba a hacer ahora con sus días, ahora que se acercaba el final? La casa materna nunca había viajado, aunque sus paredes estuvieran tiznadas, como la piel del capitán. Aunque ostentara cicatrices y hubiera apagado sufrimientos mudos, no había matado a nadie. Solo contaba con los tatuajes del tiempo, con los nidos de las golondrinas, que habían borrado los aleros como se borra un alma.

Los huevos de vaquitas de San Antonio que se abrían en los marcos de las ventanas, incubados por el calor de los vidrios esmerilados, no tenían recuerdos de larvas dentro de ojos ni de viajes. La casa y el heredero estaban viejos. Por no ser personas, eran la compañía que él nunca buscó merecer, una sepultura para su corazón.

Se deshizo de los muebles apollillados. Al cumplirse un mes de su llegada, solo quedaron dos sillas, el ropero, los cuadros de sus antepasados y la mesa, junto al fogón, donde comía y garabateaba palabras. Sus botas hacían crujir el piso reseco. No lo inquietaba oír sus propios pasos. La soledad era música para sus oídos.

Porfiado, abrió los baúles de ropa de mujer. Cavó una zanja en la que tiró los vestidos, las enaguas, las toallas, las sábanas, los cubrecamas, las mantas, las almohadas, las mantillas, las medias, los delantales, los guantes, los chales y los tocados. Los prendió fuego. No hubo en ello dramatismo alguno. Se quedó mirando cómo crepitaban en las llamas los encajes de bolillo derretidos y los dobladillos y galones de telas mugrientas. Encendida, la historia de las labores se diluía en el pozo. Los bordados inflamaban las zarzas y soltaban chispas, en un adiós para siempre que no merecía aplausos.

No lo habían inquietado, ni siquiera los primeros meses, el hecho de acostarse todas las noches en el fino colchón de paja de la cama de hierro blanco en la que había muerto su madre sin tener noticias suyas, ni las nostalgias de ella, que no sentía. No caía en la trampa del cielo estrellado sobre la casa cuando salía a fumar antes de regresar a sus aposentos. Las charlas en la proa de otros tiempos eran ahora un intercambio de silbidos con los

grillos y el ritmo del picoteo de un cuco en el tronco del pino. Contaba con la monotonía deliciosa de sus costumbres de viejo capitán, de vuelta en la casa familiar, libre de agravios para morir en paz.

Necesitaba muy pocas cosas, ninguna compañía. Descubrió la finalidad de sus días en el jardín desmadrado, abandonado por el casero, también muerto. Si iba a quedarse ciego, era mejor morir consolado por las plantas, rodeado de colores y aromas.

Sacó la azada y el rastrillo del pequeño galpón. La maleza, como es propio de los vegetales, había invadido el terreno. Ni las calas que, como un ejército de zancudas, despuntaban, saludables, entre las totoras inclinadas hacia las chauchas salvajes —en un encabalgamiento aleatorio de los encantos de la Primavera con los restos del Otoño y los despojos del Verano— y los bambúes que espiaban entre las ramas gruesas del acebo, cuyo follaje geométrico, enredado con la hiedra, estrangulaba al vetusto roble de tronco enquistado, ni sus yelmos blancos y estiletes interrogantes podían disimular que, suplicando orden, el objetivo del jardín desgobernado era penetrar las rajaduras de las puertas, pudrir el agua del pozo con hongos venenosos, apoderarse de los muebles, meterse en los cajones, prolongar las ramas hasta alcanzar los ojos de los cuadros de los antepasados y traer a la memoria la vida humana que alguna vez habitó el lugar.

La mescolanza de plantas no lo trasportaba del jardín a alta mar. Tenía los pies plantados en el mismo ahora que lo había mantenido vivo en aquellos parajes. No tenía la misma fuerza que entonces, pero en sus manos callosas tenía tiempo de sobra. A eso de las seis de la mañana, cuando nacía el sol, salía a podar después de tomar una taza de té bien oscuro. Despejaba el terreno

hasta las once. Dormía una siesta. Comía un pedazo de pan con una rodaja de chorizo. Si no volvía a quedarse dormido ni iba al pueblo, o al puerto para recibir el primer viento, podaba toda la tarde, amontonaba los cardos, las zarzamoras, las hojas secas, arrancaba de la tierra puñados de raíces de invasoras incansables. Sacaba agua del pozo. Empapaba el suelo arenoso, lo revolvió con las manos, le daba agua y tiempo.

Desmalezaba su camino hacia la muerte para no pensar que las corrientes, los cielos, las plantas nos engullen día tras día. Entrañas, sangre, saliva, lágrimas, el primer llanto, el último suspiro, nada le era extraño. Enjardinar los mares postergaba la avanzada que quería tragárselo como quieren devorarnos los tiburones. Quemó chozas, cortó cabezas, circularon rumores. Y el mundo, nada. Las cosas, nada. Las hojas de las palmeras brotaban de los troncos, los cedros custodiaban los nidos de colibríes, tras dar vueltas y más vueltas los murciélagos caían delante de él como testamentos quemados. Ningún alma era capaz de interrumpir el curso de las aguas, estancar la corriente.

Pero algunas vinieron para destruir. El capitán temía enloquecer con el paso de las horas, la cadencia de las olas, su antagonista era el reloj de arena que subyace en todo. Las hojas nuevas que siguen a las hojas secas, el nuevo hilo en la telaraña que está donde pasamos ayer, las gotas de lluvia que ahora cubren las agujas de los pinos y que mañana estarán secas, pruebas de que Dios no descansa. Quería parar el reloj porque formaba parte de él, por eso sabía el secreto: la Naturaleza conspira para adormecernos, en el fin del mundo no hay nadie, solo troncos enfermos desparramados en el suelo, las manos de los peces, una sopa de nenúfares y cucarachas, pasto, esqueletos de ratón, hongos, víboras que comen espinas, un caudal de domingos.

La monotonía de estar al mando del timón se adhería a los músculos hasta que sus ojos eran anulados por el sueño. Entonces Celestino dejaba de ser humano. Su perfil se atenuaba con las gotas que soltaba la espuma, la barba al viento, la piel pulida como el interior de una lapa. El espíritu del mar lo aturdió, intoxicado de yodo y borrasca. El mar lo había cincelado como él había cincelado el mascarón de proa. Las olas que empinaban la proa lo sometían, lo humillaban. Horas y horas de lo mismo. El Sol, la Luna, el viento en las velas, que lo irritaba, la sucesión de días inconexos, caras, andrajos, rapé, dedos.

El Atlántico quería comerle la cabeza al capitán. Celestino quería parar el reloj. Lo único que importaba estaba guardado en la bodega de su mente, la planta de clavel y sus flores, recostadas en ella, su halo de calor nauseabundo. Tenía el cráneo repleto de claveles apiñados. Hasta las estrellas sobre las aguas lo desafiaban con su puntualidad. Dios atrae a los que se le resisten, libres, listos para timar a los felices al final de un callejón, para vengarse del tedio. A pesar de las piruetas, su actividad constante y alegre hasta la muerte aburre. Quizás no disponga de una tropa de jardineros. Desde lo alto, asiste al teatro, sentado al lado del diablo. Van como hormigas que perdieron el rumbo al hormiguero, rastrillos en mano, empujados por el hambre, la sed, la lujuria, echando espuma por la boca.

El esmero y el riego generaron una infinidad de seres que descubría al tacto mientras revolvía la tierra: lombrices, escarabajos verdes, bichos bolita. Volvía la vida. Celestino plantó rosales, claveles, una camelia, una glicina, un almendro, tomate, nabos y cebollas. Para abonar utilizaba algas, hojas y ramas, cáscaras de fruta. Construyó una hilera de macetas para las aromáticas. Podó un boj en forma de barco rabelo. Plantó dos abetos. Encaló los arriates. Enterró raíces para que las plantas prosperaran al sol, en un invernadero improvisado sobre una tabla que había sido puerta. Cuando no iba al pueblo o a Oporto a comprar semillas, los vecinos le ofrecían brotes, un poco de esto y de aquello, o recogía plantas en el camino que después trasplantaba. Llegó a tener más de veinte cactus, a los que les contaba las espinas. Trazó un camino de guijarros en la margen del río y dibujó una calavera de conchas marinas en el cañaveral, que desparramaba color y vida, y crecía de golpe, cinco o seis dedos de altura, de un día para el otro.

Esa semana el padre Alfredo lo visitó por primera vez. El capitán estaba tan desacostumbrado a recibir visitas que, al escuchar la campana, no fue directamente al portón. “Buenos días, padre, ¿qué lo trae por aquí? Iba a dormir la siesta, pase, pase”, y lo condujo al jardín. “Así que este es el lugar donde pasa sus

días el intrépido capitán Celestino. Qué rosal esplendoroso”, dijo el padre y se acercó a un rosal. Las flores parecían lustradas, tan turgentes que cantaban. En realidad, había venido a ver qué había detrás de los setos. Las flores lo dejaron mudo. El perfume, acentuado por la luz del Sol que, a esa hora, caía a pique, logró reprimir el sermón que había preparado. Celestino fue amistoso. “¿Plantó curry, capitán? Aquí se siente un perfume intenso.” Amalgamados y azuzados por la luz, los aromas de los frutos y las flores lo embriagaban con notas imprecisas, cítricas, pero también profundas, olor a madera y pimienta. El jardín que lo rodeaba, sus hileras de claveles y geranios rojos, las arvejillas rosa vivo, el ciruelo podado cuidadosamente, cada hoja esbozada y esmaltada por un artista apasionado, los conductos del sistema de riego que el jardinero había inventado, las cuerdas coloridas que sujetaban las ramas más altas de las rositas té al muro de la casa, la paz, el amor que traslucía, todo le resultaba disonante con la figura taciturna que tenía delante y que, ahora se daba cuenta, no paraba de hablar desde que había surgido el pretexto de abordar los cuidados que preservaban el lugar en tal estado de perfección.

Celestino hablaba solo mientras el sacerdote sacaba sus conclusiones. Le aclaró que mantendría en secreto el método de aporque de los claveles (“Ha de morir conmigo, no le interesa a nadie”). Gesticulaba como si, desde hace largo tiempo, deseara mantener una conversación y, también, como si el cura hubiera tocado el único tema que le importaba. Le habló de los claveles, de las macetas, de los cactus, del gladiolo (no lo había plantado él) que lo había sorprendido al brotar junto al romero, como si le hablara de los amores de su vida. Al sacerdote, que tampoco era joven, el capitán le pareció un anciano bajo la luz del comienzo de la tarde. Los pómulos cortados por

dos venas paralelas a la nariz puntiaguda, el ojo chico, muy claro, casi cerrado, las cejas tupidas, la barba blanca larga de años, muy limpia y bien peinada. El padre había ido a averiguar en qué condiciones vivía. Quería llevarlo a la iglesia para que se confesara. “Sabe, para mí es fundamental que no le falte nada. Todavía recuerdo a su santa madre, Dios la tenga en la gloria. Por el bien de su alma.”

Las mañanas nubladas, le gustaba ir a ver el trajín. Su figura envuelta en un sobretodo grisáceo, con un alto sombrero de fieltro, se paseaba por el pueblo, que había cambiado, y llamaba la atención de los mismos que lo habían visto partir. La barba larga, el rostro cerrado, la cara de pocos amigos, el parche de cuero negro los alentaban a imaginar aventuras misteriosas. El murmullo de los vestidos arrastrándose por las calles le agriaba el espíritu. Solo le sonreía a los niños y las niñas, que lo espían entre las faldas largas y a veces le sacaban la lengua. Sentía por ellos la simpatía de un admirador de obras excelsas. Los sentía perennes y vivos, llevados por las muchachas que, jóvenes aún, ya usaban las tocas del resentimiento, el dolor y la superstición. *Le cortó la cabeza a un enano. Partió una mujer al medio. Fue en el Congo que le prendió fuego a un elefante. No, fue en Salvador, y parece que era un bisonte. Guarda calaveras en el baúl de la ropa y encanta serpientes a la luz de la Luna.* Las mujeres se persignaban y se tapaban la boca con las manos para esconder los dientes. Los hombres se reían a carcajadas y pedían otra ronda. Los ojos de los niños brillaban, de curiosidad y de miedo, fantaseando con qué habría detrás del parche.

Durante los recreos, los niños se tapaban un ojo y recreaban las aventuras del enigmático capitán. De noche les pedían a sus madres que les contaran cómo había sido su vida. *¿Cuándo llegó?*

*¿Qué lugares recorrió? ¿A cuántos mató? ¿Quién lo dejó tuerto?* Las madres les contaban a los padres que Celestino había vuelto a tierra firme. Había que mantenerlo lejos de los niños. Pronto, la morada del capitán adquirió el relieve de una casa embrujada. Los setos que custodiaban los muros eran verdes y tupidos, pero los huecos entre las hojas, desde donde podía vislumbrarse su sombra caminando por el jardín y se oía el golpe de la azada, insinuaban, a los que pasaban por la calle, labores siniestras. Los pueblerinos se desviaban del camino, ávidos de espiarlo a través de la mata. Los niños acechaban al personaje barbudo, pala al hombro, el torso tatuado. Al principio, ni los perros se atrevían a merodear por los alrededores y, una vez que se atrevieron a hacerlo, el capitán los ahuyentó a palazos. Si presentía miradas a través del seto, amedrentaba a los vecinos rugiendo y amenazándolos de muerte.

Para salvar el problema de disuadir a los curiosos, construyó un espantapájaros con las cortinas raídas de la sala y lo colocó en la huerta. El muñeco agitaba sus trapos al viento. En cuanto lo vio, el vecino le dijo a su mujer que había visto un fantasma en medio del campo. La mujer creyó que su marido mentía y fue a comprobarlo con sus propios ojos. Esa noche no durmió, temerosa de que la muerte se colara en su cama. Dejaron de hablarle y, a la mañana siguiente, la mujer fue a confesarse. “El capitán Celestino vendió su alma al diablo”, le contó, angustiada, al padre Alfredo; “incluso le erigió un altar en el jardín. De noche, se pinta la cara con sangre y anda por ahí vestido con una capa hablando la lengua de los negros”. El sacerdote la tranquilizó: “Rece cinco avemarías y encienda una vela”. Pero el mal ya estaba hecho.

En el puerto de pescadores, en la feria, en las puertas de los cafés, en la rambla, el espantapájaros de terciopelo se convirtió

en patrono de la intriga. *Habla con los espíritus y mató a más de mil negros. De noche, baila con el diablo.*

Deslizándose entre los setos, los tres niños intentaron trepar el muro para vigilar la casa del demonio. Ni rastros del capitán. El jardín florido estaba calmo. Si el diablo vivía allí, era un buen jardinero. Afirmando las botas en las manos entrelazadas de Raul, Pedro consiguió asomarse. “¿Lo ves? ¿Cómo es?”, preguntó Luzia impaciente. Pero encima del muro, como si fuera la ofrenda de un diablillo adivino, solo vio un plato con tres rodajas de dulce de membrillo y tres fetas de queso curado.

Al capitán las mareas le parecían más verdaderas que la vida en tierra firme, menos permeables al paso del tiempo y a la decrepitud que había transformado las casas del pueblo de su infancia, cuyas fachadas veía ahora más angostas, ladeadas, arqueadas, deslucidas. Cuando paseaba por el muelle la bruma ya no le era auspiciosa, había perdido su atractivo. Para evitar la náusea, entró a la iglesia y se sentó en un banco a admirar el altar.

El padre Alfredo reconocía el sonido de sus pisadas y también se intimidaba. Celestino no tenía rodillas para arrodillarse, mucho menos la voluntad de hacerlo. Le gustaba quedarse sentado, como si allí hubiese algo que lo cautivara y le brindara sosiego.

El sacerdote lo contempló desde la sacristía, la mirada enfocada en el vacío, las manos tensas, aferradas sobre las rodillas. “Tal vez quiera confesarse.” “Dicen que le cortó la lengua a seis niños, me lo contó mi tía Aurora. Parece que bebe sangre y le vendió el alma al diablo, su madre tampoco era buena”, cuchicheó. Así de circunspecto como había entrado, el capitán se fue.

Y todas las conversaciones se interrumpían cuando, al pasar, levantaba el ala del sombrero para saludar a las señoras con amigable insolencia.

“Capitán, ¿hace mucho que regresó?”, le preguntó el padre un día que lo pescó de nuevo en la iglesia. “Va a ser un año.” “Ante cualquier inquietud, sepa que para usted soy todo oídos.” Celestino se quedó impertérrito, como si no le hubiera entendido. La dureza medrosa de sus labios casi lo enterneció. Le sonrió, revelándole la dentadura cariada, se acarició la barba y, “antes de que anochezca”, desapareció.

La conversación no espabiló al capitán que, después de disertar sobre el riego, se puso a hablar de la investigación que estaba realizando acerca de los pétalos. Quizás no le gustaran las personas, ni sintiera nostalgia. Ese no era un lugar hechizado. Lo único que hacía Celestino, previsor, era plantar las flores de su sepulcro. A solas con él, el padre Alfredo no se atrevió a ahondar en el pasado del pirata. Estaba frente a un jardinero. Sus manos, que en otros tiempos debían oler a ron y sangre, ahora tenían el perfume del cuajo y la tierra cultivada. El capitán estaba un poco confuso, cambiaba los nombres, hablaba del ciruelo y, de pronto, pasaba al tema de cómo acomodar los ananás, discurría sobre los aporques y continuaba con la recolección de nabos. El diablo no residía allí. Y si lo hiciera, la muerte lo derrotaría, más rápido de lo que Alfredo era capaz de imaginar. Apenas se despidieron, por más que Celestino lo acompañó hasta el portón. La locura es el más santo de los remedios. Al contrario de lo que se rumoreaba en el pueblo y corroboraban los balbuceos del sacristán, la casa no había sido ocupada por un criminal, sino por un hombre atrapado en los preparativos de su entierro.